

Entonces fué cuando reparó en las huellas de lágrimas que se veían en los ojos de Mme. Restaud, y con la doble imprevisión de su edad y de su cariño, exclamó asustada:

—¡Dios mío! mamá... ¿qué tienes?

—¡Hija mía! respondió Adela acercando sus labios al oído de su hija y hablándole á media voz; cuando salga ese caballero, procura hablarle... á él... ¿Me entiendes...?

—Sí, mamá, respondió Sofía, mirando á Mme. Restaud con dolorosa admiración.

—Y dile...

La pobre madre se detuvo indecisa; le costaba mucho lo que iba á pedir á su hija.

—¡Habla, mamá! exclamó Sofía. ¿Qué debo decirle?

—Le dirás con acento suplicante, estas solas palabras...

Y Mme. Restaud se detuvo de nuevo.

—¿Qué palabras?

—¡No me atrevo! murmuró la pobre madre como hablando consigo misma; ¡no me atrevo!

—¡Habla por Dios, mamá!

—Pues bien, le dirás:—¡Caballero! ¡tened piedad de mi pobre papá y no le apuréis demasiado para los pagos!

Sofía palideció: con el instinto de su corazón comprendió que su padre estaba arruinado: aquel instinto era muy superior á su tierna edad.

Sin embargo, ni una sola exclamación salió de

sus labios, y desde aquel instante todo su pensamiento estuvo concentrado en buscar los medios de ver á Mr. Cottin á la salida:

Era imposible de todo punto lograrlo, á no ser saliendo del jardín, y así se disponía á hacerlo.

Mr. Cottin comprendió que se alejaba con una impresión de pena que á él mismo le parecía extraña: acercóse á ella, le tomó de nuevo la mano y volvió á besársela.

—Permitid, señorita, le dijo, que dé gracias á la suerte que me ha proporcionado la inestimable dicha de conoceros: y permitid, señora, añadió volviéndose á Mme. Restaud, que os dé mi parabién por tener tan adorable hija, á la vez que os dirijo una súplica.

—Espero oírla para acceder á ella, caballero, contestó con dulzura Adela.

—¡Mirad que os comprometéis á mucho! dijo el banquero sonriéndose.

—No importa.

—¿Váis á concederme lo que os pida?

—Sin duda.

—Es que también nosotras tenemos que pedirnos alguna cosa, dijo en voz baja Sofía.

Augusto la miró con sorpresa.

Pero al ver la mezcla de misterio y de tristeza que revelaba el rostro encantador de Sofía, no se atrevió á decir una sola palabra.

—Lo que tengo que pedirnos, señora, acaso os parecerá demasiado atrevido, dijo Mr. Cottin; sin

embargo, tengo vuestra promesa de concedérmelo.

—La tenéis.

—Pues bien, dentro de un año, empezado á contar desde hoy, deseo daros hospitalidad en mi casa de París, á vos, á vuestro esposo y á vuestra hija.

Mr. Restaud movió tristemente la cabeza; no esperaba ya pertenecer entonces al mundo de los vivos.

—Voy á casarme dentro de cuatro meses, prosiguió Augusto con un ligero tinte de tristeza.

—Qué, ¿váis á enajenar vuestra libertad? preguntó Mr. Restaud.

—Sí, caballero; me caso con la señorita Blanca de Flavigny.

—¿Con la hija del Marqués de este nombre? preguntó Mme. Restaud.

—Con la misma, señora.

—Esa joven ha sido educada por Misstris Rawlings, aquí presente, y es el mejor elogio que puedo hacer de ella; además, me han dicho que es muy hermosa y que cuenta con una fortuna considerable.

—Pasa, en efecto, por muy bella y muy rica... y sin embargo...

—¿No la amáis? preguntó con interés Adela, mirando al joven.

—No, señora.

—¡Oh! pues entonces, no os caseis! exclamó

Mme. Restaud con calor; vos merecéis ser dichoso, y el matrimonio sin amor es un martirio.

—Es la esposa que me ha elegido mi madre; así, pues, como dentro de cuatro meses habrá ya quien haga los honores de mi casa, yo os invito, señora, á que vengáis á pasar un mes en París.

—Yo invito igualmente á Mr. y Mme. Cottin á pasar un mes en Burdeos.

—Aceptado, dijo Augusto; y ahora, señora, permitid que me despida y que diga:

—Hasta la vista.

Sofía salió en aquel instante, y fué á esperar á que el banquero saliese á la puerta del salón.

Creía que su padre despediría á Mr. Cottin á la puerta del jardín; pero con gran temor los oyó venir hablando.

Entonces, rápida como el pensamiento, dejó el sitio donde esperaba y se metió en el cupé que debía llevarse á Mr. Cottin.

Ya á la puerta de la calle, se retiró el negociante, y el banquero subió al carruaje, haciendo un movimiento de sorpresa al ver en él á Sofía.

—Caballero, dijo la niña, cuya voz temblaba; caballero, he venido aquí, porque no sabía cómo deciros una cosa sin que nos oyesen: ¡por Dios, que no eche á andar el carruaje! me voy á bajar al instante que os diga lo que tanto me interesa, lo que mamá me ha encargado que os diga...

—Hablad, señorita, dijo Augusto, que no podía separar sus ojos de aquel inocente y gracioso ros-

tro, á la sazón trastornado por la pena y el terror; hablad, y nada temáis.

—¡Pues bien, caballero...! ¡tened piedad de mi pobre papá, y no le apresuréis demasiado para los pagos...!

Sofía dijo esto con las manos juntas y con un acento tan penetrante de dulce y triste ruego, que Augusto sintió acudirle las lágrimas á los ojos.

Por un efecto del sentimiento, no vió á la niña alegre, bulliciosa y descuidada: vió á la hija que rogaba por su padre, sin acordarse de su edad.

—Y qué, señorita, le dijo con dulzura; ¿los negocios de vuestro papá van mal?

—Yo no sé nada, respondió Sofía: sólo sé que mamá le rogaba hace pocos días que dejase el abono que tenemos en el teatro y que suprimiese nuestro coche conservando sólo el suyo; pero papá no ha querido. Esto que os he dicho, caballero, me lo encargó mamá; y á la verdad que ha de ser muy triste la situación de papá, cuando ella me ha dado este encargo para vos, después de vacilar mucho.

—Rogad á vuestra madre, en mi nombre, que se tranquilice, dijo Mr. Cottin á Sofía: dentro de una hora recibiréis vos una carta mía.

—¿Yo? preguntó la niña muy admirada.

—Vos, sí: será para vos sola.

—Está bien: adiós, caballero, y creed que os quedo muy agradecida: estoy segura de que mi madre se tranquilizará con vuestras palabras, y

bien lo necesita, pues nunca la he visto tan afligida como hoy.

Sofía alargó su mano al banquero, que la volvió á besar con un tierno respeto y saltó al suelo, entrando ligeramente en su casa.

Augusto la siguió con los ojos, y cuando hubo desaparecido el último pliegue de su blanco traje, dijo al cochero:

—¡Al hotel!

Eva salió á su encuentro; se había aburrido mucho tocando el piano; había tomado dos ó tres libros, que había arrojado en seguida, y se había asomado á todas las ventanas que pertenecían á los cuartos que estaban abiertos.

Su carácter frívolo y su vida disipada se oponía á toda lectura ú ocupación seria.

—Déjame, mi querida niña, dijo Augusto: voy á escribir ahora mismo dos renglones, y al instante soy contigo.

—¿Es carta de negocio?

—Sí; y cuando te participe el resultado, te alegrarás mucho.

Mr. Cottin se sentó delante de un velador que contenía lo necesario para escribir, y trazó estas palabras en una hoja de papel:

«Señorita: Adjuntos son los créditos que tengo contra vuestro padre: llevan la cláusula de recibidos y mi firma; dádselos; y cuando os abraza, pensad en vuestro amigo

AUGUSTO COTTIN.»

El sobre se puso á Mlle. Sofia Restaud, y la carta se envió en seguida con el ayuda de cámara de Mr. Cottin.

—Y ahora, mi querida Eva, dijo Augusto cuando el criado hubo salido, ya soy libre, ya no me caso.

—¡Cómo! ¿y Mlle. de Flavigny?

—Buscará otro marido seguramente.

—¿Por qué?

—Yo he quedado casi pobre.

Eva arrugó un poco sus sedosas cejas.

—¡Pobre! repitió con una mezcla de hastío y de tristeza: ¿cómo es eso?

—He tenido aquí un negocio que me ha hecho perder más de la mitad de mi fortuna.

—¡Y á eso viniste!

—Pensé ganar en él.

—¿Y no estás desesperado, triste?

—¡No! ya lo ves: ¡antes estoy alegre!

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Trabajaré.

—¡Horror!

—¿No trabajas tú?

—Eso es otra cosa: el trabajo que produce el entusiasmo de todo un público, es muy dulce.

—Yo trabajo también de buena gana en aquello á que me dedico, Eva.

—Yo no quiero que trabajes; entonces, ¿qué tiempo me dedicarás á mí?

—Menos que antes será; tienes razón.

—¡No te quejes, pues, si te hago traición!

—¿Porque soy desgraciado?

—No; porque eres pobre; porque trabajas: la pobreza me es antipática.

Eva giró sobre sus pies con una gracia de bailarina.

—¿Cuándo nos vamos? preguntó.

—Dentro de una hora.

—¿Ni siquiera me permites ver esta noche el teatro de la ciudad?

—Quédate si quieres; yo tengo que marcharme al instante.

—Pues yo me quedo.

—Si eso te complace, yo me alegro mucho.

Augusto llamó al criado de la fonda y le dió la orden de buscar caballos de posta.

Quería salir cuanto antes de Burdeos, para sustraerse á las manifestaciones de gratitud de la familia Restaud.

Eva se fué á su cuarto de muy mal humor, y Augusto se puso á pasear por su habitación en tanto que llegaba su criado.

Su cabeza estaba llena de mil pensamientos extraños para él: sentía que el día, que ya tocaba á su fin, debía tener gran influencia en el resto de su vida: hacía largo tiempo que, huérfano, libre y heredero de una brillante fortuna, se había abandonado, con todo el ardor de su naturaleza impetuosa, á los placeres de que París ofrece tan gran número y tanta variedad: como todos sus

amigos del gran mundo, Augusto había descendido rápidamente la pendiente que lleva al desorden: olvidó el pasado, el noble y previsor cariño que su padre le había tenido, la vida de trabajo de que le había dado ejemplo, y las tiernas recomendaciones que su madre le había dirigido en su lecho de muerte: olvidó el porvenir, en el cual podía llegar á la pobreza, y quizá al suicidio, ya que no á la deshonra: se aturdió, y se creyó dichoso.

Mas desde hacía dos horas, ya queda dicho, nuevas ideas se habían levantado en su alma: la vista de la familia Restaud, de los sufrimientos del negociante, noblemente soportados, y á los cuales había señalado por último término la muerte antes que afrontar la deshonra; la vista de su esposa, bella y dulce criatura llena de modestia, y que llevaba impreso en la frente el sello augusto de la virtud; la vista de aquella aya tan respetable y que llevaba con tan modesto orgullo el manto de la desgracia y de la pobreza; la vista, en fin, de Sofía, conjunto encantador de talento y de gracia, le hacían sentir al derredor de sí el vacío de su pasada existencia.

El amaba; amaba las ideas de deber, de virtud y de inocencia que aquella niña había evocado ante sus ojos: sentía dentro del alma un profundo disgusto por la vida que hasta entonces había llevado, y sentía á la vez un ardiente deseo de entrar en una vida regular, animada por el

trabajo y por las santas afecciones de la familia, y de la cual una joven esposa podría ser la compañera y el ornato más precioso.

Su ayuda de cámara interrumpió sus reflexiones, en las cuales Eva no salía con gran ventaja.

—¿Has entregado la carta? le preguntó Augusto vivamente.

—Sí, señor: la entró una doncella: un instante después oí dos gritos: uno como de una niña, otro de mujer.

—¿Y luego?

—Oí correr hacia las habitaciones interiores; y luego creí también oír sollozos y hablar de un modo entrecortado.

—Está bien: véte, y dispón todo lo necesario para nuestra marcha.

—Es que...

—¿Qué sucede? ¡habla!

—Oí una voz de hombre que decía:—«Voy ahora mismo á decirle que no puedo admitir tan inmenso favor.»

—Si viene á buscarme un caballero alto ú otra cualquiera persona, manda que le digan que he marchado ya: ¡pronto! ¡tal vez vendrá detrás de tí, y no puedo recibirle!

Santiago salió precipitadamente.

Augusto volvió á sus paseos y á sus reflexiones: la luz crecía en su alma; el sentimiento del bien que acababa de hacer la llenaba de una alegría deliciosa.